

MUNDO



Algunas zonceras acerca de la globalización

Por **Andrés Asiain**

A solicitud de HDS, Andrés Asiain reflexiona acerca de la construcción política de la arquitectura financiera internacional neoliberal en un fragmento de su libro Manual de zonceras económicas.¹ Su trayectoria, sus actores y principales mitos son expuestos desde la perspectiva de la experiencia histórica argentina.

El maestro don Arturo Jauretche nos enseñó que el papel de la zoncera es impedir el razonamiento, reemplazándolo por consignas repetidas incesantemente por los multimedios de la comunicación hasta convertirlas en lugares comunes del pensamiento social. Mareados por el bombardeo mediático, los argentinos perdemos noción de la posición que ocupamos en la sociedad y, por consiguiente, de cuáles son nuestros intereses. Por el contrario, repetimos con un dejo de suficiencia ciertas frases que escuchamos en la radio o en boca de algún periodista de la televisión sin percatarnos que el mensaje que se desprende de ellas va en contra de nuestra víscera más sensible: el bolsillo.

Vale aclarar que el daño producido por las zonceras no se circunscribe al bolsillo del azonzado, especialmente cuando se vuelven masivas y azonzan a las mayorías. En ese caso, la suma de los bolsillos de los azonzados se transforma en la propia economía nacional. De manera que el azonzado, al no defender su bolsillo, no sacrifica sus intereses particulares en favor de un interés colectivo —como ser la salud económica de la patria—; por el contrario, sacrifica a su bolsillo junto con su patria. Por ello, la zoncera sirve sólo a ciertos sectores minoritarios de la sociedad que se benefician de la desorientación de las mayorías azonzadas. En forma de

1 Asiain, Andrés, *Manual de zonceras económicas*, Editorial Continente, Buenos Aires, 2014.

trabalenguas, es el sentido común creado por quienes se benefician del común, impidiéndoles usar su propio sentido.

Una ardua tarea de higiene del pensamiento social es tomar esas zonceras para desnudar su falsedad y reducir, por ende, su peligrosidad. Rastrear su origen, los intereses que favorecen, discutir su validez teórica y práctica es el método para ir limando esos barrotes que encierran nuestra capacidad de razonar, sabiendo que un razonamiento libre va de la mano con otras libertades.

El riesgo país

El *riesgo país* es, técnicamente, la diferencia entre la tasa de interés que pagan los bonos de la deuda pública externa de un país y la tasa que pagan los bonos de la deuda pública de los Estados Unidos. Se toma como punto de referencia los títulos norteamericanos por ser el país cuya moneda nacional es, a su vez, una moneda internacional. Por esa razón, la potencia del norte puede pagar sus obligaciones con los acreedores externos emitiendo su propia moneda, por lo que no hay riesgo de una cesación de pagos. Por el contrario, Argentina emite pesos que no son aceptados internacionalmente, razón por la cual puede verse obligada a declarar la cesación de pagos de su deuda externa si no obtiene los dólares necesarios para su cancelación.

La fama entre los argentinos de ese indicador de riesgo financiero es una herencia de los años 90. Como señala el investigador Ricardo Aronskind en su libro *Riesgo País*, durante los finales de la convertibilidad ese índice “le indicaba a los argentinos el desbarrancamiento de su economía, la mirada que *el mundo* tenía de ellos, reafirmaba la recurrente incapacidad nacional para salir de la derrota, la impotencia para romper el círculo de la decadencia eterna. El dato, frío, objetivo, marcaba el veredicto del mundo *serio* sobre un pueblo poco confiable, que no se sabía autogobernar, que cometía errores y no podía salir de ellos”. Ante el déficit comercial, las elevadas utilidades que remitían las empresas extranjeras, los intereses acumulados por las abultadas deudas externas, más la presión extra de una imparable *fuga de capitales*, el endeudamiento del Estado se presentaba como la última chance de conseguir dólares frescos con que mantener el uno a uno. El *riesgo país*, al señalar el costo de ese endeudamiento, se transformaba, a la vez, en un indicador de las posibilidades de evitar una crisis económica, política y social como la que finalmente sucedió.



A partir de la crisis de la convertibilidad, la economía argentina dejó de financiar sus cuentas externas mediante el endeudamiento. Una fuerte dinámica exportadora permitió sostener el crecimiento económico sin colocar deuda pública en los mercados internacionales. Ese hecho económico objetivo convirtió al índice de riesgo país en un indicador irrelevante, que sólo nos marcaba lo caro que nos saldría colocar deuda en el exterior. Su invocación reprobadora por parte de los economistas del *establishment* y su intento de popularización por algún *showman* del mundo periodístico carecían de la base objetiva que tenían en los tiempos de la convertibilidad, por lo que estaban destinadas al fracaso.

Sin embargo, el posterior incremento de las importaciones junto con la fuga de capitales desatada a partir de 2007, pusieron la economía al límite de sus disponibilidades de dólares. En esa coyuntura, muchos volvieron a mirar a los mercados financieros externos como la solución mágica a nuestros problemas estructurales, insistiendo en la necesidad de realizar políticas amigables con los mercados para descender el riesgo país y financiar nuestras cuentas externas con deuda pública emitida a tasas razonables.

Al respecto, nuestra historia económica nos indica que el riesgo país no es un asunto meramente financiero de costo del endeudamiento público sino, centralmente, un problema político de disputa de poder. Cuando el financiamiento de la economía depende del crédito externo, el diseño de las políticas públicas debe pasar por el filtro de la aprobación de los acreedores, so pena de un incremento del *riesgo país*. Esa dependencia económica se traduce, inevitablemente, en una pérdida de soberanía política cuya consecuencia, tarde o temprano, es la injusticia social (a menos que alguno imagine la existencia de financistas con alguna sensibilidad social).

A partir de la crisis de la convertibilidad, la economía argentina dejó de financiar sus cuentas externas mediante el endeudamiento. Sin embargo, el posterior incremento de las importaciones junto con la fuga de capitales desatada a partir de 2007, pusieron la economía al límite de sus disponibilidades de dólares. En esa coyuntura, muchos volvieron a mirar a los mercados financieros externos como la solución mágica a nuestros problemas estructurales.



Las calificadoras de riesgo

Desde mediados de los años 70 del siglo pasado, los Estados nacionales han sido permeables (por convicción o coacción) a las políticas de apertura a los movimientos internacionales de capitales en un contexto de incesante incremento de los fondos financieros administrados por empresas privadas. De esta manera, se generó una arquitectura financiera donde, en cuestión de meses o aun de días, miles de millones de dólares pueden desplazarse de acciones de empresa y títulos públicos de un país a otro, generando efímeros milagros o repentinos desastres económicos. Las agencias calificadoras de riesgo ocupan un rol estratégico en dicho esquema ya que su evaluación positiva o negativa sobre una acción o título define si los capitales fluyen o huyen de una empresa o Estado, determinando, en gran medida, su éxito o fracaso.

Semejante poder está en manos de tres grandes compañías privadas que manejan más del 90% del mercado mundial de calificaciones: Moody's, cuyo principal accionista es el multimillonario estadounidense Warren Buffet; Standard & Poor's, filial de la editorial norteamericana McGraw-Hill; y Fitch, que depende de la firma Fimalac presidida por Marc Ladreit de Lacharriere, una de las fortunas más grandes de Francia. De más está decir que los dueños de las calificadoras tienen intereses en otras numerosas empresas de los rubros más diversos. Al respecto, ¿se puede pensar que califican con objetividad el riesgo crediticio de sus empresas vinculadas?

La desconfianza en la rigurosidad de los análisis de riesgo de las calificadoras no está basada sólo sobre suposiciones, sino también sobre hechos concretos. Un estudio realizado a pedido del Banco Central Europeo en octubre de 2012 demostró que las agencias ponían sistemáticamente mejores notas a las empresas y bancos que eran clientes suyos, lo que les proporcionaba buenos ingresos. Algunos episodios confirman la presunción de que los negocios pesan más que el profesionalismo. El trío de calificadoras recomendaba invertir en las empresas norteamericanas Enron o Lehman Brothers hasta casi el momento de su quiebra. También calificaban con la máxima puntuación, "AAA", a los derivados de hipotecas norteamericanos hasta que, repentinamente, se convirtieron en "basura". La triple A también señalaba como de máxima seguridad al sistema financiero de Islandia hasta que se derrumbó en 2008. Para las agencias era seguro comprar títulos públicos de Portugal, Irlanda, Grecia y España hasta que se desplomaron y pasaron a ser



bautizados como “PIGS”, ‘cerdos’. Según las calificadoras, era más seguro invertir en Argentina en 2001 que después de los exitosos canjes de 2005 y 2010.

Cada uno de esos casos dejó un tendal de ahorristas estafados, empresas quebradas y Estados en bancarrota. La disconformidad con las calificadoras generó juicios millonarios, multas y tibios intentos por regularlas en Europa y Estados Unidos. En nuestro país, la Presidenta llamó a “terminar con el verso de las calificadoras” en el marco de una reforma del mercado de capitales local que abre las puertas a las universidades públicas para que analicen el riesgo de las acciones y títulos públicos. Sin embargo, no faltan argentinos que aún mantienen su fe en la opinión de esas agencias extranjeras. Así se hacen eco de sus duros informes sobre la economía argentina, en los que pregonan contra el “intervencionismo estatal”, los “controles de precios” y las “nacionalizaciones”. ¿Será que añoran los tiempos en que nuestra política económica era dictada desde el exterior?

Globalización

En un mundo donde los desarrollos tecnológicos han reducido el peso de las distancias geográficas, crecen las utopías de configuración de una aldea global. Anticipando un posible movimiento en esa dirección, los centros de poder mundial fueron plasmando su propia idea de sociedad global. Al calor de la imposición de políticas neoliberales que desregularon el movimiento del dinero y las mercancías a través del mundo (pero no de los seres humanos), empoderaron al capital transnacional para que comande una nueva división internacional del trabajo cuyos principales resultados son la concentración de los ingresos en una élite planetaria, la especulación como forma de crear demanda y las frecuentes crisis económicas.

Las políticas neoliberales de desregulación de los mercados empoderan a la empresa transnacional porque le permiten condicionar sus inversiones en cada región de acuerdo a las concesiones que realizan

La disconformidad con las calificadoras generó juicios millonarios, multas y tibios intentos por regularlas en Europa y Estados Unidos. Sin embargo, no faltan argentinos que aún mantienen su fe en la opinión de esas agencias extranjeras. ¿Será que añoran los tiempos en que nuestra política económica era dictada desde el exterior?



los respectivos gobiernos en materia impositiva, laboral y ambiental. El país que más cede tiene más chances de obtener la localización en él de la inversión productiva y transformarse en una plataforma de exportación. Los que busquen mantener elevados estándares sociales serán víctimas del desempleo cuando sus fábricas cierren por el arribo de productos extranjeros producidos en peores condiciones sociales. Es así como las multinacionales han tendido a deslocalizar sus sectores intensivos en mano de obra en naciones consideradas reservorios de mano de obra barata, como China e India, presionando luego por la vía de la competencia mercantil sobre las condiciones de producción de los

demás países. Los países más ricos han retenido eslabones de la producción más sofisticados por sus ventajas tecnológicas y otros donde los costos de transporte son elevados (y pesa más la cercanía al mercado). África y América Latina surgen como los proveedores de materias primas de esa nueva división internacional del trabajo, excepto México y parte del Caribe que pueden aspirar a producir con el sistema de maquila para el mercado norteamericano.

La respuesta a la falta de demanda por una cada vez más desigual distribución del ingreso fue suplantar la demanda en base a los ingresos laborales por demanda generada mediante el otorgamiento del crédito. Es así como se estimula la especulación. Por supuesto, el incremento del ratio de deudas sobre ingresos al llegar a cierto umbral se muestra insostenible y explota en una crisis financiera que luego se expande a la economía real.

En el plano agregado de la economía global, el resultado de dichas políticas ha sido que el avance técnico-productivo fue acompañado de una rebaja del salario medio global, un incremento en la jornada de trabajo, la reducción de las cargas impositivas y de los controles ambientales. La esperable consecuencia fue una brusca baja en la participación del trabajador en los ingresos globales y

una brutal concentración de los ingresos en una pequeña élite planetaria. Pero dicho esquema económico no se encuentra libre de contradicciones, ya que un puñado de ricos no es demanda suficiente para una creciente producción global. Nace allí una tendencia a la crisis por falta de demanda, en cuyo origen se encuentra la contradicción entre una mayor producción y una peor distribución.



La respuesta a la falta de demanda por una cada vez más desigual distribución del ingreso fue suplantar la demanda en base a los ingresos laborales por demanda generada mediante el otorgamiento del crédito. Es así como se estimula la especulación en hipotecas, bonos, acciones, que son formas de estimular el consumo de hogares, empresas y naciones endeudadas para de esa manera tener mercados donde colocar una creciente producción. Por supuesto, el incremento del *ratio* de deudas sobre ingresos al llegar a cierto umbral se muestra insostenible y explota en una crisis financiera que luego se expande a la economía real. La crisis dura hasta que las pérdidas financieras sean asumidas (por las familias, empresas o gobiernos) y pueda darse inicio a una nueva fase de especulación que haga olvidar, por un momento, las contradicciones del capitalismo neoliberal. ●

